

## Ventanas en Venecia (visiones que nunca vimos)

Alberto Senante

<http://proyectovisiones.blogspot.com>



Nada más quedarse sola, Eva escuchó por primera vez la música. La calle a la que daba su nueva habitación era tan estrecha que casi podía tocar el edificio de enfrente. No contó con los problemas que podrían provocar unos vecinos molestos, vencida por el encanto de ese barrio de Venecia donde sólo se oían pisadas, el agua jugando con los escalones de mármol, y alguna conversación fugaz con un divertido acento del Veneto casi incomprensible. Y a ciertas horas -que ella aún no conocía- las campanadas que apaciguaban los canales de la ciudad.

La música volvió a sonar cuando Eva decidió dar su primer paseo por Venecia con unas llaves en el bolsillo. Y apreció el gusto por el saxofón de sus vecinos: ya imaginaba que tendría que compartir los ruidos y los olores, la insoportable publicidad de la televisión y todas las radios del vecindario.

Al poco tiempo adivinó la ventana de la que escapaba la música, en el edificio de enfrente, medio piso más abajo. Con su envidiable patio cubierto por un cañizo tropical. Y comprobó, gracias a los olores de las salsas bien condimentadas, como en esa casa se solía cocinar con Mahler y Beethoven (sobre todo últimos cuartetos y sinfonías impares). También notó como el jazz se apropiaba del final de las tardes. Y voces brasileñas solían acunar la noche tras la cena, eso sí, dejando silencios para el crujir de las maderas, los murmullos del agua y el ruido de los motores furtivos.

Durante una semana de noviembre, en aquel callejón sólo se escuchó Wagner como fondo de la lluvia, del viento escurridizo y de las acostumbradas escenas de agua por los tobillos y botas hasta las rodillas. Días en los que Venecia se exageraba a sí misma. Cuando la tormenta daba la propina en forma de llovizna, entró por la ventana el piano de Satie. Y ahí comenzó la curiosidad de Eva por la mano que elegía esa música tan oportuna, que parecía acompañar el ánimo de la ciudad.

Fue preguntando por el barrio quién vivía en esa casa, con la excusa de que le molestaba la música tan alta. Superó su vergüenza para sacar el tema en la tienda de la vieja - donde todo se sabía- puesto que allí sólo compraba las urgencias: el supermercado al final del Canale Grande era mucho más barato, y además, a Eva le gustaba coger el vaporetto con el carrito de la compra y sentirse superior a los turistas. Según la tendera,

en el segundo de ese edificio vivía desde hace 20 años un cascarrabias que todavía no era viejo. Y últimamente su nieto, que había venido a estudiar no sé qué cosa. Por sus grandes carpetas, hará arquitectura, apuntó un cliente habitual. Pues no sé cómo le aguanta -continuó la vieja- además de bello debe ser un bravo ragazzo.

A la salida del trabajo, Eva se sorprendía volviendo a casa, en vez de disfrutar los milagros cotidianos de la ciudad. (Con tal de vivir en Venecia, había aceptado ser camarera en una pizzería con kebabs cerca de Rialto). Nada más llegar abría la ventana para sentirse dar la bienvenida con fados que encontraba casi alegres, dosis medidas del nuevo rock argentino, o alguna banda sonora de los clásicos italianos.

La música pareció abandonar la ciudad y seguir los pasos de Eva. Cuando se sentía sola, una guitarra acústica venía a hacerle compañía. La nostalgia tenía forma de acordeón. Las ganas de vivir llegaban desde La Habana y los Balcanes. Varias noches Janis Joplin le animó a tomarse unas cervezas al pozo de Campo Santa Margherita. Eva empezó a limpiar la casa -bastaba media hora- con tangos que le hacían bailar con escobas y fregonas. Para confirmar el placer de no trabajar los mediodías de domingo se escuchaban a todo volumen coros de gitanos; o Maria Callas si salía el sol.

Sin darle mayor importancia, Eva decidió continuar con otro standar de Nueva Orleans la voz de terciopelo negro que marcaba el ritmo al atardecer. Los altavoces en su ventana y los del vecino desconocido se cruzaron en mitad del callejón. Y en la tienda de la esquina empezaron las quejas acompañadas de curiosidad. A partir de ese encuentro, fueron creando un diálogo de melodías. Compitiendo a ver quien mejoraba el riff o el solo de trompeta del anterior, con bombillas intermitentes como único modo de aplauso. Poco a poco surgieron las preguntas inevitables, y se palparon en canciones como los ciegos recuerdan un rostro conocido.

También discutieron. La música de un nuevo grupo turco interrumpió a una carismática cantante griega. Acordes de todo el Mediterráneo iban y venían como una pelota de tenis. Hasta que la voz de un ángel marroquí resolvió la polémica desde la ventana de enfrente. Enseguida adoptaron la costumbre de darse las buenas noches en francés. Y diluidas entre quejidos de flamenco se arrancaron alguna que otra confesión.

Una noche -muy comentada en la tienda- se quedaron hablando en blues hasta las tantas, y el desvío inevitable al rock and roll terminó con el sonido de la barca de los carabinieri. Nunca supieron que durante esa noche los dos sacaron de la despensa la misma botella de ron, y fue por aquellos días que dejaron de plantearse los dilemas que sólo tienen los que se acuestan solos.

Pero no fue hasta que una mañana Eva se despertó llorando, acariciada por una nana de la Puglia, cuando decidió que el hombre que le había regalado ese momento y comprendía su alma hasta el punto de poder acompañarla con la música, era aquel que debía protegerla y amarla hasta el fin de sus días.

Desde aquella mañana tardó tres semanas en responderle. Lo hizo con un disco preparado durante varias noches con los cascos delante del ordenador y que grabó con cuidado para que las melodías se sucedieran sin rupturas, aunque en 17 canciones se cantaran nueve idiomas. Todas contenían esa alegría vital de las medias tardes de Mayo en que Venecia saca a relucir su arsenal oculto de jazmines, y se desbordan los tonos en

los canales, como lo hace el agua con la marea alta. El disco llevaba un único mensaje: la vida es bella; explícito en las notas de la primera canción y en las palabras de la penúltima.

Mozart fue la única respuesta.

Poco después comenzaron las insinuaciones, las baladas. Canciones que hablaban de dar paseos, saltar puentes, cruzar umbrales, como el *vieni a prendere un te de Battiato* y *I want to hold your hand*, que empezaron a sonar más de lo habitual. Y cuando Eva se quedaba sin discos con los que responder (la mayoría de sus joyas las tenía en la casa del pueblo) toda la calle oía plegarias de judíos.

Como un ponerse de rodillas, la declaración llegó con una sesión de boleros en la que se prometían todos los imposibles. Con las ventanas abiertas de par en par, y una tabla de madera que unía los dos metros escasos que separaban el alféizar de Eva con el patio de enfrente, medio piso más abajo. En la tienda de la esquina no hablábamos de otra cosa. La tabla se mantuvo inútil durante tres días en los que sonaron las melodías más sugerentes que el barrio recuerda. Mientras preparaba la cena, mirando cómo los tomates se deshacían en la sartén, la expectativa del amor pudo más que cualquier titubeo y Eva cruzó la tabla, agarrándose a las cuerdas de tender que atraviesan el callejón. El joven se mostró sorprendido y sólo supo balbucear. Ella se acordó del juicio de la vieja de la tienda y estuvo de acuerdo en que era un *bel ragazzo*, y sin pronunciar palabra le puso un auricular con un directo de Edit Piaf reservado para la ocasión. Él intentaba entender, pero una mirada esquiva y un dedo suave como el francés le impedían abrir la boca. Tras un breve baile en el que ella aprovechó para sentir el hombro donde debían reposar sus días, comenzaron a besarse sin dejar de seguir los susurros de la Piaf.

Cuando al desvestirse se cayó el ipod, ella le preguntó en mitad de una sonrisa:

- ¿No pones nada de música?

Él se limitó a decir “Sí, claro”, extender el brazo y darle al Play. Y apareció el saxofón que le había dado la primera bienvenida.

- Tú siempre tan oportuno...

- Era lo que estaba puesto, se disculpó con una modestia innecesaria.

Después de hacer el amor (improvisando como los músicos que acompañaban sus cuerpos) el equipo encontró una pista rayada, provocando un silencio que les dejaba aún más desnudos. El chaval quitó el disco y empezó a sonar la radio. Fue entonces cuando Eva se dio cuenta de que se había enamorado de su abuelo.

